

# La cultura política autoritaria en la República Dominicana

Emelio Betances\*

La generalidad de los observadores sostiene que la cultura política latinoamericana es autoritaria y que este es un factor que condiciona el desarrollo de la democracia. Sin duda esto se percibe en la cultura política dominicana. ¿Qué ha pasado en la vida de la mayoría de los dominicanos contemporáneos que les ha llevado a preferir el autoritarismo y no la democracia? ¿Podríamos preguntarnos si la conducta política se puede explicar por el factor cultural? En este trabajo sostenemos que el enfoque cultural por sí mismo no logra captar toda la complejidad del fenómeno. Por esto es necesario ampliar este enfoque con una perspectiva sociológica que explique cómo la estructura socio-económica, el régimen político, los partidos políticos, la Iglesia Católica y las fuerzas armadas, han marcado el desarrollo de la conducta política en el país.

La generalidad de los observadores sostiene que la cultura política latinoamericana es autoritaria y que este es un factor que condiciona el desarrollo de la democracia. Sin duda esto se percibe en la cultura política dominicana. En realidad, como regla general, se acepta que los dominicanos tenemos actitudes políticas autoritarias, lo cual explicaría por qué Joaquín Balaguer fue reelecto en varias ocasiones. En una encuesta reciente se informa que el 76.4% de los dominicanos piensa que un buen presidente

es como un padre que resuelve sus problemas; el 66.5% de los encuestados expresó que prefieren el orden a la democracia; y el 50.4% dijo que un líder fuerte haría más por el país que todas las leyes y las instituciones juntas<sup>1</sup>. La mayoría de los dominicanos parece estar más interesado en el orden y la estabilidad que en la democracia. ¿Qué ha pasado en la vida de la mayoría de los dominicanos contemporáneos que los ha llevado a preferir el autoritarismo y no la democracia? ¿Podríamos preguntarnos si

la conducta política se puede explicar por el factor cultural? En este trabajo sostenemos que el enfoque cultural por sí mismo no logra captar toda la complejidad del fenómeno. Por esto es necesario ampliar este enfoque con una perspectiva sociológica que explique cómo la estructura socio-económica, el régimen político, los partidos políticos, la Iglesia Católica y las fuerzas armadas, han marcado el desarrollo de la conducta política en el país.

Autores de diversas latitudes han intentado explicar la conducta política latinoamericana contemporánea. En Estados Unidos, Howard Wiarda sostiene que el autoritarismo latinoamericano está históricamente vinculado a la época colonial. Según este autor,

\* Catedrático de Sociología y Estudios Latinoamericanos, Departamento de Sociología y Programa de Estudios Latinoamericanos, Gettysburg College.

<sup>1</sup> Isis Duarte et al., *La cultura política de los dominicanos. Entre el autoritarismo y la democracia*. Editora de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago de los Caballeros, 1995.

España y Portugal trajeron a Latinoamérica instituciones que glorificaban el papel de soldados y curas, denigrando las actividades comerciales y bancarias. La Iglesia Católica hizo un aporte de incalculable valor al proceso de desarrollo de instituciones corporativas promotoras de un ethos mediterráneo que justifica una sociedad jerárquica. Dicho ethos proporciona un *Weltanschauung* o concepción general del mundo y de la vida que justifica la dominación social de un sistema político absolutista. Sostiene Wiarda que el pensamiento antidemocrático latinoamericano se nutrió de este *Weltanschauung* y promovió modelos de conducta autoritarios<sup>2</sup>. Esta visión de la realidad política latinoamericana abrevó en la teoría de la modernización, la cual divide a la sociedad latinoamericana en dos tipos: a saber, una moderna, que toma a Europa y Estados Unidos como modelos; y la otra, tradicional, basada en el complejo latifundio/minifundio, que supuestamente se opone a la influencia extranjera. La teoría de la modernización orientó muchas investigaciones sobre la cultura política latinoamericana y su vínculo con el origen y desarrollo de la democracia.

Wiarda es el principal defensor de la idea del ethos mediterráneo como elemento que explica el autoritarismo en América Latina. Éste sostiene que el sistema colonial que los españoles impusieron en la colonia de Santo Domingo, era “rígido, jerárquico y autoritario”. Este sistema se “desarrolló durante la época colonial, perduró después de la independencia todo el siglo XIX y continúa en el presente. Hoy día el modelo burocrático-autoritario del siglo XVI sigue vigente como alternativa al modelo liberal”<sup>3</sup>. Sin embargo, las ideas de Wiarda han tenido sus críticos. Jonathan Hartlyn sostiene que dicha interpretación es reduccionista y que no se sostiene ni histórica ni metodológicamente. Según Hartlyn, el problema de este enfoque estriba en que las generalizaciones acerca de América Latina obvian las grandes diferencias que existen de región a región en cuanto al legado cultural español. En todo caso, Wiarda no explica cómo la tradición cultural autoritaria se transmitió en vista de que las instituciones coloniales eran sumamente débiles en la República Dominicana<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> Peter F. Klaren y Thomas Bossert J. (Ed.), *Promise of Development. Theories of Change in Latin America*. Boulder: Westview Press, 1986.

<sup>3</sup> Howard Wiarda, “The Dominican Republic: Mirror Legacies of Democracy and Authoritarianism” en *Democracy in Developing Countries: Latin America*, L. Diamond, Juan Linz y Seymour Martin Lipset, eds. Boulder: Lynne Rienner, 1989, p. 427.

<sup>4</sup> Jonathan Hartlyn, *The Struggle for Democratic Politics in the Dominican Republic*. Chapel Hill and London: University of North Carolina Press, 1998, p. 3/22.

En la República Dominicana se han publicado una serie de estudios que destacan la preferencia de los dominicanos por el autoritarismo. Estos estudios incluyen la obra de Ramonina Brea (1982), Julio Cross Beras (1985), Wilfredo Lozano (1985), Roberto Cassá (1986), Rosario Espinal (1987), Mukien Sang Ben (1987) y Emelio Betances (1995). De estos autores, Julio Cross Beras es el único que se ha dedicado a estudiar la cultura política autoritaria dominicana. Éste sostiene que el Estado dominicano está organizado como una democracia, pero que sus formas operativas son básicamente informales; el Estado es clientelista y responde a una cultura autoritaria generada en el sistema social y con una influencia determinante en el funcionamiento del sistema político. Este sistema tiene dos caras: una formal y la otra informal, situación que produce una conducta política anormal porque los ciudadanos no pueden usar los canales formales del sistema democrático en vista de que éste no funciona. El ciudadano no tiene otra alternativa más que usar el sistema informal, que es autoritario y clientelista<sup>5</sup>. Esta descripción formal del sistema político en cierta forma refleja la realidad de América Latina y de buena parte del llamado Tercer Mundo, donde los sistemas políticos no funcionan según los cánones de la democracia liberal. Sin embargo, este modelo no va más allá de la descripción y se limita a sugerir que un sistema político clientelista o patrimonial puede existir conjuntamente con la democracia. En verdad, este modelo es funcionalista y, como tal, se encuentra atrapado en una perspectiva que ve a Latinoamérica dividida en dos tipos de sociedades: tradicional y moderna. Si bien es cierto que las sociedades latinoamericanas tienen elementos tradicionales y modernos, esto no implica que haya dos tipos de sociedades, una tradicional y otra moderna, ni que existan dos tipos de sistemas políticos, uno formal y el otro informal. Todo lo contrario, a nuestro juicio, cada nación tiene una sociedad y un Estado plenamente integrado. Este trabajo se aparta de las perspectivas reseñadas aquí y se propone ampliar el enfoque cultural complementándolo con un análisis desde la perspectiva de la sociología política y de la historia. Se plantea que los sistemas políticos y sociales no se desarrollan aisladamente y que la cultura política es, en gran medida, el resultado de la interacción entre la política y la sociedad.

<sup>5</sup> Julio A. Cross Beras, *Cultura política dominicana*. Santo Domingo: INTEC, 1985, p. 51.

## Modelos históricos en el desarrollo de las culturas criollas dominicanas

La cultura política es sólo una de las dimensiones de la cultura. Hace ya más 120 años que Edward Tylor (1871) planteó una definición de la cultura que todavía es útil. La cultura, escribió Tylor, “es un fenómeno complejo que incluye al conocimiento, las creencias, el arte, la moral, las leyes, las costumbres y otras capacidades y hábitos adquiridos por un miembro de la sociedad”<sup>6</sup>. Así, pues, para entender la cultura política de una nación debemos tener un entendimiento general de su identidad cultural. En la cultura dominicana encontramos tres referentes básicos, a saber: indígena, español y africano. El referente indígena de la cultura dominicana apenas sobrevive hoy día y está relacionado comúnmente con nombres de alimentos, lugares y artefactos arqueológicos. Cuando llegaron los españoles al Caribe, la Isla Española, así llamada por Cristóbal Colón, era la más poblada en la región. Sin embargo, el proceso de conquista produjo la casi total eliminación de la población aborígen en menos de 50 años de colonización. En verdad, lo que quedó de la cultura indígena se asimiló a la cultura de los esclavos africanos que laboraban en las fincas azucareras del siglo XVI. Estos dos referentes culturales se fusionaron para conformar la versión criolla de la cultura afro-indígena, la cual eventualmente se convirtió en lo que denominamos la cultura criolla africana. En relación al tercer referente de la cultura dominicana, la historiografía tradicional dominicana plantea que el referente cultural español ha sido el factor más importante desde la colonia hasta nuestros días. Para esta historiografía, la lengua, la religión y la raza nos ayudan a explicar el predominio de los elementos hispánicos. El primero de estos elementos es verdadero, pero el segundo es controversial debido a la recepción sincrética de la religión cristiana en el Caribe. El tercer elemento es falso tanto para el periodo colonial como para el siglo XIX y XX. De 1550 a 1580 había 30,000 esclavos africanos en la colonia de Santo Domingo. El censo del gobernador español Osorio informa que en 1606 los negros esclavos constituían la mayoría de la población<sup>7</sup>. A partir del siglo XXII, los negros se convirtieron en una minoría porque la colonia fue prácticamente abandonada por la Corona Es-

<sup>6</sup> Wendy Ashmore y Robert Sharer, *Discovering our Past. A Brief Introduction to Archaeology*, 2d. ed. London: Mayfield Publishing Co., 1996, p. 17.

<sup>7</sup> Roberto Cassá y Genaro Rodríguez, “Algunos procesos formativos de la identidad dominicana” en *Estudios Sociales*, xxv, núm. 88, abril-junio, 1992, pp. 82 y 83.

pañola. Sin embargo, fueron los mulatos y no los blancos, los que se convirtieron en la mayoría de la población. Así, pues, el referente cultural español y, por tanto, el ethos mediterráneo, se adaptaron a las nuevas circunstancias culturales del Caribe. Debemos subrayar que en este proceso el referente cultural español se hizo criollo en un contexto de práctico abandono y aislamiento por parte de la Corona. Estas circunstancias históricas empezaron a dar un matiz especial a la cultura dominicana que, con el tiempo, se aparta de la cultura española para pasar a constituir las culturas criollas dominicanas.

Los criollos hispánicos dominaban política y económicamente la colonia de Santo Domingo. Este dominio les permitió imponer su cultura como la cultura dominante. Mientras tanto, la identidad criolla africana quedó subordinada a lo criollo español y, como tal, recibió una fuerte influencia cultural y política de éste. De modo que, a pesar de su importante presencia durante la época colonial y posteriormente, el aporte económico, cultural y social de los criollos africanos ha sido dejado en el olvido por parte de los historiadores tradicionales. Esta exclusión ha dado como resultado una situación contradictoria para la mayoría de los dominicanos, pues “hemos llegado a la constitución de nuestra cultura nacional careciendo de una verdadera identidad cultural, debido a que la homogenización sólo se ha logrado a un nivel oficial, marginando a una buena parte de la población, condenada a no encontrarse con ella misma, *plenamente*”<sup>8</sup>. La definición de la cultura criolla dominicana ha sido identificada con el proyecto nacional de la clase dominante. Esta clase niega las prácticas culturales de la mayoría de la población y presenta su cultura como algo extraño a la cultura criolla dominicana.

Esta dominación cultural prepara las condiciones para el desarrollo de un modelo político autoritario que condiciona la conducta política de la población. En este sentido, vemos cómo elementos culturales y raciales se combinan para nutrir el desarrollo de una cultura política autoritaria. En otro apartado, más adelante, veremos la manera en que elementos socio-económicos, políticos y sociales complementan los factores que nutren el desarrollo de una cultura política autoritaria. Este enfoque se aparta del citado enfoque de Howard Wiarda.

La reinserción de la sociedad dominicana en la economía internacional vía la emigración y el turismo tiene un

<sup>8</sup> Rubén Silié, “El hato y el conuco: contexto para el surgimiento de la cultura criolla” en Bernardo Vega (ed.), *Ensayos sobre cultura dominicana*. Santo Domingo. Fundación Cultural Dominicana, 1988, p. 166.

impacto importante en la cultura dominicana. La dinámica de la circulación migratoria empieza a dar signos de desafío a la interpretación oficial de la cultura criolla dominicana. El rechazo racista con el que los dominicanos se enfrentan en Estados Unidos ha conducido a que muchos reevalúen su identidad racial. Los mulatos dominicanos podrían pasar como blancos en la sociedad dominicana, pero en Estados Unidos, donde existe una concepción binaria de lo racial —para los norteamericanos sólo hay blancos y negros—, a un mulato se le considera como a un negro. Las diferentes tonalidades que designan la identificación racial en nuestro país carecen de sentido en el extranjero (indio claro, oscuro, indiecito, indio canela, etc.). No obstante, aún no sabemos el alcance del impacto de esta nueva experiencia, pues no se han hecho estudios para determinar la auto-percepción racial de los dominicanos que residen en el exterior. De todas maneras, las narraciones de los emigrantes de retorno y la constante exposición a los turistas europeos, canadienses, estadounidenses, etc., está causando un impacto importantísimo en lo social, cultural y económico. Si bien es cierto que la migración y el turismo tienen impacto en la auto-percepción de los dominicanos, la dominación cultural, política, económica y social se mantienen como las variables fundamentales que condicionan las tensiones entre las identidades criollas españolas y criollas africanas.

Las conflictivas relaciones con Haití han sido otro factor fundamental que ha ayudado a definir la interpretación oficial de la cultura criolla. El desarrollo de la economía azucarera basado en la mano de obra esclava, en la porción occidental de La Española, preparó las condiciones para la existencia de distinciones culturales, económicas, sociales y políticas en las dos porciones de la Isla. Posteriormente, la Revolución Haitiana dio un impulso definitivo a la identidad nacional de Haití. Las invasiones haitianas de 1801, 1805 y la subsiguiente ocupación por parte de este país (1822-1844) de la porción española de la Isla, hizo que se fortaleciera la identidad cultural y política de los criollos españoles, mientras que se debilitaba la identidad criolla africana. La élite política dominante se aprovechó de las circunstancias de estas invasiones para convocar a todos los dominicanos —negros, mulatos, blancos, etc.— a que se identificaran como dominicanos ante la amenaza haitiana. El hecho de que Haití no reconociera la independencia dominicana, durante casi una década reforzó la identidad criolla española dominicana en detrimento de la identidad criolla africana. A partir de la independencia, los elementos esenciales de la identidad

cultural criolla española (lengua, religión, y literatura) fueron promovidos como la base de la civilización, mientras que los elementos africanos (religión, música y folclor) eran considerados como “cosas de salvajes” que debían eliminarse. La cultura de los campesinos dominicanos, la inmensa mayoría de la población, era tratada como algo extraño a la cultura criolla española y, por supuesto, carente de elementos civilizatorios. Vale la pena recordar que esta actitud de la élite dominante dominicana reflejaba, en gran medida, lo que pasaba en el resto del subcontinente en el siglo XIX, donde la élite sólo alababa lo europeo y rechazaba lo que se parecía a África o tenía raíces indígenas. Las obras de los intelectuales latinoamericanos del siglo XIX están repletas de alabanzas a Europa y a Estados Unidos, mientras que a las masas campesinas se les considera salvajes<sup>9</sup>.

La dictadura de Trujillo promovió la cultura criolla española al rango de cultura oficial de la nación dominicana. Trujillo utilizó a intelectuales importantes del país para que desarrollaran una ideología anti-haitiana que abrevaba en la conflictiva historia de las dos naciones. A la cabeza de estos intelectuales estaban Manuel Arturo Peña Battle y Joaquín Balaguer, quienes dirigían un movimiento cultural que promovía elementos rancieros de la cultura hispánica y católica, mientras negaban toda raíz cultural africana en el pasado de la nación<sup>10</sup>. En fin, la dominación de la identidad cultural criolla africana por la identidad cultural criolla española y la difícil historia de las relaciones con Haití, sentaron las bases de una cultura de la subordinación y también de la cultura política autoritaria dominante. Se aprecia, pues, una dialéctica entre cultura subordinada y cultural dominante cuyo entendimiento es fundamental para entender la cultura política autoritaria dominicana. Como se aprecia más adelante, la dominación cultural es sólo una de las fuentes que sirven de base para explicar la cultura autoritaria. Factores culturales, sociales, económicos, políticos e históricos se combinan para determinar la organización de la sociedad y la cultura política. Ninguno de estos factores se puede tomar como determinante; es la conjunción de todos lo que, a nuestro juicio, nos ayuda a explicar una cultura autoritaria en la República Dominicana.

<sup>9</sup> Burns E. Bradford, *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century*. Berkeley: University of California Press, 1983.

<sup>10</sup> Raymundo González, *Peña Battle y su concepto de la histórica de la Nación Dominicana*. Santo Domingo: INTEC, 1988; Ernesto Sagás, “The Development of Antihaitianismo into a Dominant Ideology During the Trujillo Era”. Paper presented at the 1995 meeting of the Latin American Studies Association, Washington, D.C.

## Fuentes sociológicas de la cultura política autoritaria dominicana

Toda cultura moderna evoluciona dentro de los confines impuestos por la relación entre el Estado y la sociedad. Entendemos por cultura política a un conjunto de actitudes, normas y creencias que orientan la conducta política de los ciudadanos. Estos elementos trazan la orientación política de los ciudadanos. Tenemos por lo menos tres tipos de culturas políticas: a) La parroquial que usualmente aparece en sociedades no sofisticadas y carentes de diferenciación social y donde las formas y funciones de las instituciones políticas aun no existen o tienden a coincidir con las funciones económicas o religiosas; b) La cultura política de la subordinación que tiende a darse cuando el conocimiento, los sentimientos y las evaluaciones políticas de los miembros de una sociedad, se refieren al sistema político como conjunto y se relacionan fundamentalmente con los resultados, es decir, con la práctica política de la administración del aparato a cargo de ejecutar las decisiones. No cabe duda que este tipo de cultura es jerárquico, pasivo y corresponde a sistemas políticos autoritarios; c) La cultura política de la participación que se refiere no sólo a las orientaciones específicas sino también a los distintos aspectos del sistema político (legislativo, judicial y ejecutivo). Este tipo de cultura tiene como aspiración fundamental la participación activa de los ciudadanos<sup>11</sup>. Esta clasificación de tipos de culturas políticas no debe llevarnos a pensar que cada tipo de cultura existe aisladamente. En verdad, esta clasificación es sólo útil para fines analíticos y para ayudarnos a entender los elementos distintivos de la cultura política autoritaria dominicana. Podríamos decir que la cultura política de una sociedad determinada está, en general, constituida por un conjunto de subculturas donde encontramos actitudes, normas y valores que se contraponen.

El parroquialismo y la cultura de la subordinación son elementos claves de la cultura política autoritaria dominicana contemporánea. Entre los factores que contribuyeron al desarrollo de este tipo de cultura podríamos incluir los siguientes: una sociedad débil y fragmentada, regímenes autoritarios, los partidos políticos, la Iglesia Católica y las fuerzas armadas.

Estos factores no agotan la lista de variables, pero sí están entre los elementos fundamentales que explican la

<sup>11</sup> Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de política*, vol. 1. México: Editorial Siglo XXI, 1985, p. 470.

cultura política autoritaria dominicana. Por razones de espacio, en este trabajo no se estudian los factores culturales que son independientes de la variable socio-económica y las condiciones políticas. En otro momento y lugar se analizarán la cultura popular, la religión y la conducta política, para llegar a un entendimiento cabal de la evolución de la cultura política autoritaria dominicana.

## Los dictadores y los caudillos

Las estructuras sociales y económicas han sido históricamente débiles en la sociedad dominicana. En el siglo XIX la nación estuvo dividida en tres regiones económicas, a saber, el Norte (o Cibao), el Este y el Sur. El Cibao se especializaba en la producción de tabaco para la exportación y posteriormente produjo cacao y café. Durante los siglos XIX y XX, estos productos se producían en pequeña escala debido a la falta de crédito e infraestructura física. En la primera mitad del siglo XIX el Sur se dedicaba a la producción de caoba para la exportación, pero el agotamiento de los bosques produjo la decadencia de esta actividad económica. La economía de la región no resurgiría hasta el último tercio del siglo XIX, cuando cubanos, puertorriqueños, alemanes, italianos y estadounidenses empezaron a producir azúcar para la exportación. La región Este asistió a una decadencia económica mucho antes que la del Sur. Haití había sido el mercado de destino para el ganado dominicano, pero la Revolución Haitiana puso fin a la esclavitud y el mercado para el ganado desapareció. Este acontecimiento tuvo consecuencias funestas para la economía oriental. Cuando se produce la independencia dominicana en 1844, sólo el Cibao tiene una economía en franco crecimiento, pero ésta era a pequeña escala y el control foráneo del comercio de la región inhibía la habilidad política de las élites regionales emergentes en el Cibao, para arrebatarse el control político de la nación a las élites sureñas y orientales.

Las luchas políticas regionales, las amenazas e invasiones haitianas, y la búsqueda de una potencia extranjera que anexara a la nueva república, caracterizaron la vida política nacional de 1844 a 1880. Los caudillos regionales surgieron ya bien sea para combatir a los haitianos o para alcanzar el control político de Santo Domingo, sede tradicional del poder político. Pedro Santana en el Este, Buenaventura Báez en el Sur y Gregorio Luperón y Ulises Heureaux en el Cibao, son los personajes políticos más importantes e influyentes en el siglo XIX. Santana y Báez se destacaron por sus políticas anexionistas, mientras Luperón y Heureaux

tomaron posturas liberales nacionalistas basadas en la creencia de que la nación era viable. La decadencia de la economía y de las sociedades sureña y oriental podría explicar, en parte, el pesimismo de las élites políticas y sociales de estas regiones, mientras que el optimismo de los cibaños podría explicarse por el auge de la economía y sociedad de esa región. En la década de los ochenta, Heureaux pudo conseguir el apoyo del comercio y del nuevo sector azucarero, cambiando su posición nacionalista y convirtiéndose en un dictador que promovía las inversiones extranjeras y el comercio. En cierta medida, Heureaux puso a la nación a tono con las tendencias de los liberales latinoamericanos que se habían aliado políticamente con los sectores conservadores para promover el desarrollo de un Estado oligárquico-liberal. Heureaux dirigió los destinos políticos del país de 1886 a 1899. Durante este periodo, consiguió darle cierto grado de unidad al estado-nación y establecer un control mínimo de la población y el territorio nacional.

La dictadura de Heureaux empezó un nuevo periodo en el proceso de formación del estado-nación en el país. Uno de sus logros más importantes fue conseguir cierta centralización de las instituciones políticas. Este proceso fue continuado por la ocupación militar norteamericana de 1916-1924, expandido y consolidado por la dictadura de Rafael Trujillo (1930-1961) y continuado por Joaquín Balaguer de 1966 a 1978. Estos cuatro regímenes forman un continuo que procuró centralizar el control político de la población y el territorio nacional, y que fue amenazado en 1965, cuando las masas populares de la ciudad de Santo Domingo se levantaron en armas con el objetivo aparente de reestructurar el poder político y ponerlo al servicio de los más necesitados de la sociedad. Estados Unidos y sus aliados nacionales desempeñaron un papel estelar en la derrota de esta iniciativa revolucionaria. Joaquín Balaguer, figura clave en la era de Trujillo, surgió como beneficiario de la segunda ocupación militar norteamericana y fue elegido como presidente en las elecciones de 1966, consideradas fraudulentas por la mayoría de los observadores nacionales e internacionales. Este espectáculo doloso fue repetido en 1970 y en 1974. Los doce años en que Balaguer se mantuvo en el poder consolidaron el continuo autoritario que empezara Ulises Heureaux un siglo atrás. Desde 1978, la nación ha pasado por un proceso ambiguo de democratización donde los denominados líderes democráticos (Jacobo Majluta, Salvador Jorge Blanco, José Francisco Peña Gómez y Juan Bosch) participaron junto al Balaguer autoritario, para imponer regíme-

nes que debilitaban aún más las instituciones de la democracia liberal<sup>12</sup>.

La historia dominicana está colmada de regímenes autoritarios que en cierta forma ayudan a preparar las condiciones para el desarrollo de una cultura política de la subordinación. Caudillos, dictadores y gobernantes autoritarios han sido los modelos políticos para los dominicanos. Estos modelos han dejado huellas indelebles en las actitudes y creencias tanto de las élites políticas como del pueblo en general y, lamentablemente, han condicionado la conducta política y penetrado en lo más recóndito del alma nacional. En cierta medida esto nos ayuda a explicar por qué la mayoría de los políticos nacionales son renuentes a aceptar la negociación política como forma civilizada de convivir. Estamos acostumbrados a que el ganador lo toma todo y el perdedor lo pierde todo; no se deja ningún espacio político para el interlocutor de la oposición. Más bien, se procura cooptarlo y corromperlo. El debate entre el Congreso Nacional y el Ejecutivo a principios de 1997 nos puede servir como ilustración. El debate era acerca de la aprobación del presupuesto nacional para 1998. El presidente Leonel Fernández Reyna, electo en una segunda vuelta el 30 de julio de 1997, dio señales aparentes de querer acercarse al Congreso Nacional, controlado por la oposición, encabezada por el Partido Reformista Social Cristiano (PRSC) de Joaquín Balaguer y por el Partido Revolucionario Dominicano (PRD) de José Francisco Peña Gómez. Podría ser útil recordar que el partido del presidente Fernández Reyna, el Partido de la Liberación Dominicana (PLD), sólo tenía 10 diputados de 120, y uno de los 30 senadores. A pesar de estas circunstancias, el presidente daba la impresión de querer que se le aprobara el presupuesto y una serie de leyes fiscales que lo respaldarían. El acercamiento del presidente al Congreso Nacional fue tan sólo un asunto publicitario, pues las negociaciones reales las hizo con la comunidad empresarial. Parecía que nada había cambiado y el presidente seguía la tradición iniciada en el siglo XIX, de hablar con el hombre que tiene la plata. En este caso, sin embargo, la diferencia fue que el Congreso Nacional no aprobó el presupuesto y el Gobierno tuvo que regirse por el presupuesto del año anterior que, como se sabe, era inferior a las recaudaciones proyectadas para 1998. No te-

<sup>12</sup> Ramonina Brea, *Estado de situación de la democracia dominicana (1978-1992)*. Santo Domingo: Editora de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, 1995; Rosario Espinal, "The Dominican Republic: An Ambiguous Democracy" en Jorge Domínguez y Abraham Lowenthal (ed.), *Constructing Democratic Governance*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1996.

nemos el espacio para entrar en detalles sobre las objeciones del Congreso, pero el asunto es que el presidente no quería negociar con la oposición a pesar de su posición de debilidad numérica. Debemos ser justos y señalar, no obstante, que los miembros del Congreso Nacional se han formado en la misma escuela de pensamiento y que no actuaron de una forma diferente a la del presidente. El autoritarismo es, pues, un fenómeno político perverso que impregna a toda la sociedad, y ningún actor político puede realmente escapar a su influencia. Uno se pregunta si habrá salida a este círculo vicioso.

## La cultura democrática en la encrucijada

En la actualidad asistimos a un periodo en la historia dominicana en el que se aprecia cierto surgimiento de la cultura de participación, a pesar de los modelos autoritarios existentes en nuestra vida política nacional. Un número importante de asociaciones nacionales y regionales de empresarios, pequeñas organizaciones de empresarios y comerciantes, asociaciones profesionales, culturales y una cifra impresionante de organizaciones no gubernamentales (ONG), han surgido en las últimas tres décadas. Debemos tener presente que estas asociaciones no son necesariamente democráticas y que, en su mayoría, no tienen fines estrictamente políticos sino lucrativos, con excepción de una buena parte de las ONG. La presencia de todas estas organizaciones en los medios masivos de comunicación, la circulación periódica de sus directivas, sus reivindicaciones y la formación que ofrecen a los líderes del mañana, constituyen una base fundamental para el desarrollo de la cultura de la participación democrática. Esto lo podemos ilustrar con la vasta gama de organizaciones cívicas que participaron para asegurar que las elecciones recientes fueran transparentes e imparciales. Entre las organizaciones que participaron en estas jornadas podemos señalar a la Red Nacional de Observadores Electorales, Participación Ciudadana y al Grupo de Acción por la Democracia.

Junto al seguimiento de los medios de comunicación, las acciones políticas de estos grupos indica que una cultura de participación política ha surgido en la sociedad. La realización de unas elecciones transparentes e imparciales nos muestra el alcance que la cultura de la participación política está teniendo en el país. Lo mismo podría decirse de la conciencia ecológica que comienza a apreciarse debido al trabajo de las ONG y de otras organizaciones preocu-

padadas por la situación del deterioro ambiental. Tampoco escapan a esta nueva tendencia los nuevos movimientos sociales, quienes desde principios de los ochenta han actuado con un amplio margen de independencia con relación a los partidos políticos. Estos movimientos han tenido sus altas y sus bajas debido a su debilidad institucional, pero queda claro que su presión política en los ochenta y en la segunda parte de los noventa fue importante<sup>13</sup>.

La polarización social y económica de la sociedad dominicana inhibe el desarrollo de la cultura de participación política en el país. No debemos perder de vista que los grupos que promueven este tipo de cultura funcionan en el contexto de una cultura política de la subordinación y que su futuro parece estar repleto de dificultades. Veamos: los cambios estructurales experimentados por la sociedad dominicana en las últimas tres décadas no han aliviado la penosa situación en que vive la mayoría de los dominicanos. Nuestra economía, que por más de 100 años estuvo dedicada a la producción de azúcar, café, cacao y tabaco, ha sido transformada en una economía basada en la exportación de servicios como turismo, zonas francas, comercio, banca y la remesas enviadas por los dominicanos residentes en el exterior. Por otro lado, la clave de su estabilidad descansa sobre el abaratamiento de los salarios; la República Dominicana ofrece uno de los salarios más bajos en la cuenca del Caribe. Así, pues, el sector de mayor crecimiento en la economía no da señales de mejorar la situación de los trabajadores de zona franca. En vista de esta situación cada día aumenta más el número de dominicanos que piensa que no puede realizar sus expectativas en el país y, por tanto, opta por emigrar. En marzo de 1997 la encuesta Gallop/Hoy informó que el 56.4% de los dominicanos se iría del país si tuviera la oportunidad, y tan sólo el 40.05% expresó que se quedaría. Es alarmante que el 70% de los encuestados, entre las edades de 18 y 24 años, digan que se irían del país si se les presentara la oportunidad. También el 63% de los encuestados entre las edades de 25 y 39 años, expresó que se iría del país si se dieran las circunstancias favorables<sup>14</sup>. Los dominicanos que se quieren ir son aquellos que se comprenden en edades críticas en sus vidas productivas y, por lo tanto, fundamentales para el creci-

<sup>13</sup> César Pérez y Leopoldo Artilles, *Movimientos sociales dominicanos. Identidad y dilemas*. Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1992; Roberto Cassá, "Recent Popular Movements in the Dominican Republic" en *Latin American Perspectives*, issue 86. vol. 22, núm. 3, verano, 1995; César Pérez, "Protestas, paros y las necesarias propuestas" en *Listin Diario*, 30 de Julio, 1997.

<sup>14</sup> Hoy, 21 de marzo de 1997.

miento y desarrollo del país. Da la impresión de que se ha empezado a formar una mentalidad de la emigración y que una mayoría significativa de los ciudadanos ya no parece creer en que sus sueños se puedan realizar en nuestra sociedad.

Estados Unidos, Puerto Rico y España son los destinos principales de los emigrantes dominicanos. El último censo de Estados Unidos informa que hay alrededor de medio millón de dominicanos residentes en ese país, pero sabemos que esa cifra está por debajo de la real. En fin, la polarización social y económica, la emigración, pero sobre todo las condiciones deplorables de existencia, recrean la cultura política de la subordinación y el clientelismo. Éstas son la fuente principal del autoritarismo y no un ethos mediterráneo imaginado por Howard Wiarda. Estas condiciones sociales paupérrimas son las que dificultan el desarrollo de la cultura de la participación política.

## **Partidos políticos, caudillismo y cultura política**

Los partidos políticos han hecho un aporte importante al desarrollo de la cultura política autoritaria dominicana. Los partidos modernos son un fenómeno político reciente en el país. Los partidos conservadores (Rojos) y liberales (Azules) del siglo XIX era organizaciones que se forjaron básicamente en torno a caudillos y no se desarrollaron como partidos políticos modernos. Este modelo continuó en vigencia en el país hasta el fin de la dictadura de Trujillo, quien organizó el Partido Dominicano, pero dicho partido no era más que una agencia del Gobierno que promovía programas sociales y que organizaba espectáculos electorales. El Partido Revolucionario Dominicano fue fundado por Juan Bosch en 1939. Balaguer funda, en 1964, el Partido Reformista con lo que quedaba del Partido Dominicano y, posteriormente, en 1985, este partido se convirtió en el actual Partido Reformista Social Cristiano. Bosch, quien salió del Partido Revolucionario Dominicano en 1973, funda ese mismo año el Partido de la Liberación Dominicana. En la actualidad, casi todos los partidos de izquierda han desaparecido del ámbito político nacional, pero debemos anotar que en su tiempo jugaron un papel importante en la democratización de la sociedad dominicana. Entre los más importantes se encuentran el Movimiento 14 de Junio, el Movimiento Popular Dominicano, el Partido Comunista y otras organizaciones más pequeñas. No obstante, lo reseñable para nuestra explicación de la cultura de la subordi-

nación y el autoritarismo de las experiencias partidistas dominicanas, es que, en lo esencial, casi todos los partidos promovían una cultura de la subordinación, aunque su discurso dijera lo contrario.

Tanto el PRD como el PRSC desarrollaron estructuras políticas clientelares que evolucionaron en torno a un caudillo. Desde su fundación, Balaguer controló al PRSC personalmente. Durante toda la vida política de Balaguer, dicho partido funcionó como una maquinaria electoral que él revivía cuando necesitaba ser reelegido en la presidencia. Éste es, quizás, el menos moderno de los partidos políticos dominicanos. Como maquinaria electoral, el PRSC fue uno de los principales instrumentos para promover una cultura política de subordinación. Balaguer siempre empleó el “dedazo” como método político para quitar a funcionarios que no eran de su conveniencia política, y poner a supuestos líderes al frente del partido. Ahora bien, si el “dedazo” no funcionaba se usaba cualquier otro mecanismo. Veamos el caso de las elecciones de 1996. En agosto de 1994, se firmó el Pacto por la Democracia para resolver un punto político muerto que se había creado debido a unas elecciones fraudulentas. Mediante este Pacto, a Balaguer se le declaró ganador de las elecciones, pero su periodo presidencial fue recortado de 4 a 2 años y se prohibía la reelección. Así, Balaguer no podía repostularse para las elecciones de 1996. El entonces vice-presidente, Jacinto Peynado, ganó las elecciones internas del PRSC, a pesar de la oposición de Balaguer, quien en lugar de apoyar al candidato de su propio partido, dio un apoyo tácito al candidato del PLD, Leonel Fernández Reyna. En la segunda vuelta de las citadas elecciones de 1996, Balaguer se alió abiertamente con el denominado Frente Nacional Patriótico que apoyaba a Leonel Fernández Reyna. Al parecer Balaguer pensó que Peynado le quería quitar el partido. La moraleja de esta experiencia es que Balaguer no estaba dispuesto a que hubiera una sucesión democrática en su partido, sabiendo, además, que dicho partido no tenía los mecanismos necesarios para que esto sucediera. En otras palabras, si el “dedazo” no funcionaba, entonces se buscaban mecanismos extrapartidarios, como las alianzas políticas, para que el caudillo siguiera controlando la maquinaria política del partido.

Cuando el PRD estuvo bajo su conducción, Juan Bosch fue el caudillo indiscutible de esa entidad política. A principios de los setenta el PRD experimentó grandes sismos políticos y Bosch se vio precisado a renunciar. Bosch salió del PRD para fundar el PLD en 1973 y José Francisco Peña Gómez

se quedó con el ala conservadora del partido. Durante los setenta y ochenta, el PRD estuvo constituido por una serie de grupos políticos sistémicos que tenían sus propios dirigentes y algunos se oponían a los gobiernos del PRD. Por ejemplo, Jacobo Majluta, siendo presidente del Senado de la República (1982-1986), encabezó uno de estos grupos e hizo una fuerte oposición política a Salvador Jorge Blanco, presidente de la República. En cierta forma, estas divisiones políticas en el interior del PRD hicieron posible el retorno de Balaguer en 1986. En apariencia, el PRD parecía democrático debido a la existencia de estos grupos, pero, en esencia, cada grupo representaba una parcela política con su propio caudillo. En 1989, Peña Gómez reagrupó a casi todas las tendencias políticas del partido y logró un control relativo de la situación. Así, pues, como Bosch y Balaguer, Peña Gómez se convirtió en un caudillo de reputación nacional, y se podría añadir que, como caudillo de su partido, hizo también un aporte en la promoción de una cultura política de la subordinación y el autoritarismo.

La integración del PLD de Juan Bosch a las tendencias dominantes de la política dominicana hizo que éste cambiara de ser un partido de cuadros bien organizados y disciplinados, a un partido con vocación de poder. Inicialmente, el PLD se presentaba como un partido de liberación nacional que se encargaría de poner fin a la corrupción y a la desorganización existente en el Estado y la sociedad. Ahora bien, al igual que el PRD y el PRSC, el PLD no pudo escapar a la cultura política autoritaria. Bosch se mantuvo como líder y mentor del partido hasta su renuncia en 1995. El PLD ganó su mayor caudal de votos en 1990, cuando Balaguer lo derrotó, en elecciones seriamente cuestionadas, por menos del 1% de los votos. En las elecciones de 1994 el PLD volvió a ocupar el tercer lugar entre los tres partidos mayoritarios. Como señalamos anteriormente, el PLD ganó las elecciones de 1996 gracias a la formación del Frente Nacional Patriótico con Balaguer, pero durante su primera gestión (1996-2000) gobernó como partido minoritario. En su primer mandato, el PLD formó un Gobierno que, si bien es cierto tuvo logros en materia de política exterior y judicial<sup>15</sup>, su política económica no pareció alejarse de los dictámenes de las agencias internacionales y, por lo tanto,

no se diferenció de la política económica de Balaguer, que procuraba mantener la estabilidad macroeconómica por encima de todo. Durante su primera gestión en el Gobierno (1996-2000), el PLD no logró mejorar significativamente las condiciones de vida de la mayoría de la población, y en lo que va de su segunda gestión (2004-2008) tampoco ha dado señales de haberlo logrado. En lo que respecta al fortalecimiento de la cultura política autoritaria, las dos gestiones del PLD no rompen con el patrón tradicional, sino que es todo lo contrario. Durante estas dos gestiones el PLD contribuyó al fortalecimiento del clientelismo político, palanca fundamental de la cultura política autoritaria, y se dejó bien establecido que se había acomodado a las tendencias políticas dominantes de la sociedad dominicana.

En contraposición con las expectativas de la población, los dirigentes que remplazaron a los caudillos tradicionales (Balaguer, Bosch y Peña Gómez) no han logrado superar la cultura política autoritaria. Hipólito Mejía Domínguez mostró no estar a la altura necesaria para superar el autoritarismo y promover una cultura política de la participación. Su gestión al frente del ejecutivo llevó el país a la bancarrota y al desprestigio internacional. Por otro lado, Leonel Fernández Reyna prometió llevar al país por los senderos de la democracia y la modernización, pero sus ejecutorias nos dicen lo contrario: el clientelismo rampante, la decisión de construir un metro sin prestar la más mínima atención al clamor de los ciudadanos que decían que esa no era la mejor manera de resolver el problema del transporte en la ciudad de Santo Domingo, el mal manejo del desborde de la presa de Taveras y el uso desmedido de los recursos del Estado para procurar la reelección presidencial. En torno a esto, Participación Ciudadana, una institución no gubernamental que se ha ganado el respeto de la sociedad, en su primer informe de observación 2008 destacó lo siguiente:

Trece de los 16 secretarios de Estado están integrados al Comando de Campaña del Partido de la Liberación Dominicana y aliados. Además de los presidentes de las cámaras legislativas, ejecutivos municipales y otros 15 altos funcionarios de instituciones estatales.

El contralor general, procuradores fiscales y ayudantes y hasta funcionarios del Banco Central, se han integrado a la campaña electoral, mientras embajadores y cónsules han sido llamados para que vengan a dar ayuda.

<sup>15</sup> Emelio Betances, "The New Dominican Foreign Policy under The Administration of Leonel Fernández (1996-2000)" en *Revista Mexicana del Caribe*, año VI, núm. 12, 2001.

Debe anotarse que en muchos casos esos funcionarios han sido encargados de dirigir la campaña electoral en provincias y regiones, lo que los obliga a desplazarse continuamente, junto a funcionarios y empleados menores, con vehículos, combustibles y dietas pagados con los recursos públicos. Y lo más importante de todo, el descuido de sus responsabilidades oficiales, las cuales se pagan con el dinero de los contribuyentes. Esto ha tenido ya efectos terribles para la población nacional, como se hizo evidente cuando el paso de la tormenta Olga, que encontró desprevenido a prácticamente todo el aparato del Estado.

En múltiples casos llama la atención que las designaciones de dirigentes peledeístas en el comando de campaña coinciden con las funciones que les corresponde desempeñar en el gobierno. Por ejemplo, el director de la Oficina Metropolitana de Servicios de Autobuses es el encargado de transporte de la campaña, y múltiples casos en que sus funciones de campaña se confunden con las oficiales.

En realidad, el informe de Participación Ciudadana llama a una seria reflexión en torno al tipo de régimen que el presidente-candidato Fernández Reyna preside. Para aquellos que conocimos el tipo de campaña que Joaquín Balaguer realizó durante sus famosos 12 años de autoritarismo, cuando abiertamente se empleaban todos los recursos del Estado para promover sus campañas electorales, se nos hace difícil entender que el actual jefe de Estado en República Dominicana, el abanderado de la modernidad y la democracia, presida un gobierno que utilice los mismos métodos. A estas alturas, cabe preguntarse si realmente “e pa'lante que vamos”, como reza la consigna del Gobierno actual (2004-2006).

Lamentablemente, los políticos de la oposición critican estos métodos, pero se sabe hasta la saciedad que el Gobierno de Hipólito Mejía Domínguez empleó los mismos métodos para reelegirse en 2004. Tanto Amable Aristy Castro, candidato del Partido Reformista Social Cristiano, como Miguel Vargas Maldonado del Partido Revolucionario Dominicano, emplearían los mismos métodos si tuvieran la oportunidad de hacerlo. Como se sabe, estos personajes ya han desempeñado importantes cargos en el Estado y sus ejecutorias son bien conocidas. En pocas palabras, la clase política promueve la cultura política de la subordinación y el autoritarismo.

## La Iglesia Católica y la cultura política

La Iglesia Católica ha jugado un papel estelar en el desarrollo de la cultura política nacional. La Iglesia tiene profundas raíces en la vida nacional, pero sus estructuras contemporáneas tienen una vida relativamente reciente. Durante el siglo XIX y antes de la dictadura de Trujillo, la Iglesia era más bien una voz moral que una institución sólida. Cuando Trujillo tomó el poder en 1930 procuró controlarla, pero el líder de la Iglesia Católica dominicana, monseñor Rafael Castellano, no confiaba en Trujillo y quería que la Iglesia tuviera su independencia con relación al Estado. Sin embargo, monseñor Castellano murió de un paro cardíaco en 1934 y fue remplazado por monseñor Ricardo Pittini, un cura italiano a quien se le otorga el crédito de haber desarrollado la iglesia moderna dominicana. Pittini subordinó a la Iglesia a los deseos políticos del dictador y, a cambio, éste construyó iglesias y, en gran medida, financió muchas de las actividades de la institución<sup>16</sup>. La Iglesia estableció una alianza política con el dictador y se propuso promover una doctrina de obediencia al Estado; la Iglesia presentaba a Trujillo como un enviado de Dios que quería el bienestar de los dominicanos<sup>17</sup>. No fue hasta casi el final de la dictadura cuando la alianza de la Iglesia con Trujillo entró en una grave crisis que ayudó, en parte, a la caída de la dictadura que ya se encontraba debilitada. Durante los años de Balaguer en el poder y los gobiernos del PRD, al igual que en la actualidad, la Iglesia ha mantenido buenas relaciones con el Estado. Aunque bajo diferentes circunstancias políticas, Balaguer continuó la política de Trujillo de ayudar a la Iglesia a cambio de su apoyo al Gobierno. En los últimos 25 años, la Iglesia ha jugado un papel muy dinámico mediando conflictos sociales entre empresarios y trabajadores, entre el Gobierno y los nuevos movimientos sociales, o entre el Gobierno y los partidos políticos de la oposición, etc.<sup>18</sup>. El

<sup>16</sup> Emelio Betances, *The Catholic Church and Power Politics in Latin America. The Dominican Case in Comparative Perspective*. Boulder, Colorado: Rowman and Littlefield, 2007.

<sup>17</sup> Juan Esteban Belza, *El pastor de los pobres con su mitra de plomo. Semblanza de Monseñor Ricardo Pittini, arzobispo ciego que sirvió a Santo Domingo en la era de Trujillo*. Santo Domingo: Talleres Gráficos, 1976; William F. Wipfler, *Poder, influencia e impotencia: la Iglesia como factor socio-político en República Dominicana*. Santo Domingo: Ediciones CEPAE, 1980.

<sup>18</sup> Agripino Núñez Collado, *Concertación: la cultura del diálogo*. Santiago de los Caballeros: Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, 1996.

padre Agripino Núñez Collado y el cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez son personajes claves en la política nacional. Al parecer, la Iglesia se ha convertido de la noche a la mañana en una promotora de la democracia. Sin embargo, no debemos olvidar que no es una institución democrática; una cosa es promover el diálogo entre los políticos o entre los empresarios y los trabajadores, y otra es promover una cultura democrática de participación genuina de todos los ciudadanos. La Iglesia es una institución jerárquica y autoritaria por definición. En verdad, podría decirse que junto a las fuerzas armadas, es una de las instituciones que más ha aportado al desarrollo de una cultura política autoritaria. Las fuerzas armadas forman soldados y oficiales en la cultura de la obediencia e históricamente han promovido los valores del autoritarismo y el uso de la fuerza bruta. La Iglesia, a su vez, procura desarrollar una hegemonía con base en valores religiosos.

## Conclusión

La cultura política dominicana no es autoritaria por un supuesto ethos mediterráneo traído por los españoles hace más de 500 años. Tampoco podemos explicar la cultura *solamente* basada en una interpretación histórico-institucional que ignora la tensión entre la identidad criolla africana y la criolla española, y mucho menos ignorar las fuentes sociológicas de la cultura política dominicana. El olvido de las raíces africanas de la cultura dominicana tiene que ver con la forma de actuación de la clase dominante, la cual históricamente ha procurado presentar a nuestra nación como hispana, católica y blanca. Esto contrasta con nuestra realidad racial, pues somos un pueblo mayoritariamente mulato que ha recibido una influencia cultural africana y haitiana importante. Como en el resto de la América Latina, la élite dominante dominicana se niega a reconocer la cultura de la mayoría y, además, los intelectuales orgánicos de ésta han logrado “persuadir” a la población de que la cultura criolla española es la cultura nacional, y que la cultura criolla africana es extraña a nuestra cultura. La falsificación de la historia dominicana es parte de un proyecto ideológico y político que busca la legitimidad de un sistema social de dominación que excluye a la mayoría de la población. Quizás hoy en día no se pueda hablar propiamente de una cultura criolla africana en República Dominicana, pero sí se puede ponderar su aportación a la

cultura nacional. La tensión entre las culturas criollas dominicanas se desarrolló en el contexto de una diversidad de conflictos sociales y políticos. La exclusión social y política ha moldeado la conciencia nacional y las ocupaciones extranjeras (españolas y norteamericanas) han reforzado estas modalidades de desarrollo. Además, los caudillos, los dictadores y los gobernantes autoritarios han sido los modelos prevalecientes para los dominicanos. Los partidos políticos, la Iglesia y las fuerzas armadas han reforzado estas tendencias sociales. Un vez más, éstas son las fuentes que generan una cultura política autoritaria y no un ethos mediterráneo imaginado por Howard Wiarda.

La sociedad dominicana contemporánea empieza a desarrollar una subcultura política de la participación a pesar de estos obstáculos. Esta subcultura se va desarrollando con base en las prácticas sociales y políticas de diversas asociaciones culturales, económicas, políticas y, más recientemente, de las ONG. Ahora bien, estas asociaciones no son necesariamente democráticas y la promoción de la democracia no es su fin último, pero abren un nuevo espacio cuyas actividades pueden elevar el nivel de conciencia social y política de los ciudadanos que participan en ellas. Podríamos añadir a este nuevo fenómeno la circulación migratoria y el turismo como elementos que empiezan a tener un impacto sobre la auto-percepción racial y, en cierto modo, la conciencia social. Si bien es cierto que la polarización económica obstaculiza el desarrollo de una sociedad incluyente, los efectos de los cambios en los sistemas de comunicación, los viajes al exterior y una mayor participación política de la población, empiezan a sentar las bases para una seria reconsideración de la cultura nacional y, en cierto modo, de la cultura política autoritaria.

A pesar de estos nuevos desarrollos en la sociedad dominicana, se puede observar que los partidos políticos y los líderes que han remplazado a los caudillos tradicionales no se han puesto a la altura necesaria para promover una cultura política de la participación, sino todo lo contrario. Tanto Hipólito Mejía Domínguez como Leonel Fernández continuaron las tendencias autoritarias ya existentes en la sociedad dominicana y, en contraposición con su discurso de promoción de la democracia liberal, sus ejecuciones muestran que no se apartan de la tradición dominicana, donde la democracia no va mucho más allá de la celebración de elecciones más o menos competitivas cada cuatro años.